

persona que a la mía y te consideres más obligada aun, entonces que ahora, a sostener tu opinión!

Mi suegra que nos había oído desde la sala disputar, vino a ver qué ocurría. Cuando se enteró de la razón de nuestra discrepancia, no pudo por menos de llevarse las manos a la cabeza.

—¿Pero, habéis perdido el juicio?—exclamó.

Seguimos porfiando. La exaltación que poníamos en nuestras palabras despertó la curiosidad de mi suegro. Se acercó a nosotros, pues estaba haciendo los honores de la casa a los invitados que había en la sala, y cuando supo lo que sucedía terció en la discusión a título de poder moderador o juez de paz.

Todo fué inútil. Nuestras actitudes eran cada vez más inconciliables. Nos disparábamos las razones como andanadas. A mi suegra estuvo a punto de darle un patatús. Creí llegado entonces el momento de echar mano de la fórmula transaccional, que ya conoce el lector, y con acento más bien solemne observé:

—Depongamos en obsequio de nuestros padres, nuestras actitudes opuestas y lleguemos a una fórmula. Ni corbata de lazo, ni *plastrón*—y al mismo tiempo saqué del bolsillo del *chaquet* la corbata de nudo que tenía dispuesta al efecto y desliándola, exclamé:—Me pondré ésta.

—He dicho que no—replicó, testaruda e inabordable, mi novia—. No hay razón alguna que me obligue a ceder en este punto. Si no me complaces ahora y en un día tan señalado como este, ya sé lo que me esperará más tarde.

—Pero comprende, hija mía—terció mi futura madre política, que había recobrado algo el dominio de sus nervios—que es mucho más ridículo suspender la boda por motivo tan pueril que ir a la iglesia con corbata de lazo.

—Si mi *plastrón* puede servir a ustedes de algo—exclamó de pronto uno de los invitados, que había oído nuestra disputa, pues no nos rescatábamos ya de hablar en voz alta.

—De ningún modo—repuso mi suegro impidiendo que se lo quitara—Si lo que hace falta es un *plastrón* allá va el mío—y se lo deshizo con ostensible nerviosismo, en un dos por tres, sin darme tiempo a evitarlo.

—Ya veréis, querida esposa y queridísima «cuñadita»—observé—que si personas tan distinguidas como vuestro padre y como este caballero, no tienen el menor inconveniente en despojarse de su *plastrón* y ponerse en cambio cualquiera de estas dos corbatas mías, no será tan cursi el ir a la Iglesia con una de ellas.

Mi novia, que a duras penas había conseguido hasta este instante gobernar sus nervios, se afianzó con ambas manos al velo de desposada y tiró de él con tal fuerza, que lo rasgó por la mitad. Después avanzó hacia la puerta de la sala y ya bajo el dintel, exclamó:

—Señores, pueden Vds. marcharse si gustan. En este momento ha quedado roto nuestro compromiso matrimonial.

Gestos de asombro en los circunstantes; gritos de la que iba a ser mi suegra, que acabó perdiendo el sentido; actitud circumspecta, pero extraña, del padre de mi novia, que, debido sin duda a la precipitación con que se había quitado la corbata para ofrecérmela, se le había soltado uno de los extremos del cuello de pajarita y parecía como si le trepara por el carrillo, e improperios terribles de mi «cuñadita» Justina, que estuvo a punto de arañarme.

Jamás estuve yo, en cambio, más dueño de mí mismo. Lié la corbata de

nudo con flemática tranquilidad y me la metí en el bolsillo del *chaquet*. Después hice una ligera inclinación de cabeza a la que iba a haber sido mi familia, y me retiré del gabinete. Pero tan pronto salí del piso, mi turbación fué tan grande que en vez de bajar al mío me puse a subir las escaleras y no paré hasta llegar al ático.

Al día siguiente, ya más tranquilo, salí a la calle y me compré un primoroso estuche. En él guardé mi corbata de lazo, y todos los 19 de Noviembre que es la fecha en que íbamos a casarnos, así que me levanto diríjome al armario, saco el estuche de uno de los cajones, lo abro, contemplo un rato el lazo, y exclamo antes de volverlo a guardar:

—¡Oh, lazo mío!... ¡Tú me evitaste el caer en otro lazo que hubiera sido para toda la vida!

P. ROMERO MENDOZA.

NUNQUAM

Lasciate ogni speranza
ALIGHIERI

Ni en esta vida ni en la otra... ¡Nunca!

Ene, U, Ene, Ce, A...

Nunca jamás he de volver a verte;

nunca jamás a verme volverás...

Sortilegio de horror que los dioses no vieron
ni el terrible Atrihman consiguió imaginar:
tu cadáver y el mío volando encadenados
al Zenith y al Nadir en su eterno rodar.

Una puerta de acero
cuya llave hace tiempo tragó el mar;
un terrible *lasciate* a cada lado
y un infierno hacia aquí y otro hacia allá:
La tremante tiniebla que te aguarda,
la atroz ceguera que en mi busca va.

Hallarnos algún día
vernos una vez más:
Imposibles más grandes que la Nada,
pozos más hondos que la Eternidad.

Tu y yo: ápex y antiápex,
Más y Menos de un campo fantasmal;
vacío de galaxias que se alejan
por el negro infinito sideral...

Nuestro beso fundióse en el pasado
dejando en su lugar
una mar sin orillas y sin fondo
y un Maelström de horrendo gurgitar,
y un gran buitre que aúlla en las alturas:
¡Ene, U, Ene, Ce, A...!

CARLOS CALLEJO.